

esas modestas y tranquilas que no hacen ruido en el gran mundo. Fué una flor que se abrió en el silencio del hogar doméstico, y cuyos perfumes y colores embellicieron constantemente la existencia de la familia. Como si el Señor no hubiera quedado contento con tanta virtud, la purificó con el martirio de una lenta y dolorosa enfermedad, que por fin condujo su cuerpo á la tumba y su alma á los cielos. Itebica la familia estas líneas como un sincero tributo de la admiración y respeto que tributau á la virtud, donde quiera que la encuentran, los redactores del Museo. El cadáver de la señora fué sepultado en el panteon del santuario de Guadalupe, y el duelo estuvo suntuoso.

#### FESTIVIDAD DEL 16 DE SEPTIEMBRE.

Segun el programa de la funcion, comenzó la solemnidad patriótica desde la víspera en la noche, pronunciándose el discurso anunciado en la Universidad, distribuyéndose los premios y leyendo una poesia el señor Gutierrez; la lluvia deslució un acto tan interesante. A las once de la misma noche se desató el repique á vuelo de las campanas, y miles de cohetes poblaron los aires: por algunas calles, no obstante la lluvia, se veían victores con hachas, preceididos de una música de viento á la que el pueblo mezclaba sus sonoros vivas á la independencia y la libertad.

El 16 amaneció lluvioso entre las salvas y repiques de estilo; á las diez de la mañana se celebró la misa pontifical y se cantó el solemne *Te Deum*.

En el soberbio salon de los embajadores, esperaban ya los gefes de cuerpos, generales, corporaciones, comunidades religiosas y colegios, y los Escmos. Sres. ministros, que á nombre de S. E. el presidente y acompañados de su estado mayor, debían colocar la primera piedra del monumento, mandado erigir á la independencia nacional.

Hervía el gentío en la plaza y se derramaba por toda la carrera de la procesion, marcada por la vela que se estendia desde la puerta principal de Palacio hasta la puerta de la Alameda que dá al Puen- te de San Francisco: las tropas de infantería de la guarnición formaban en dos hilas una estensa valla; los coches y caballos se agrupaban en las bocas-calles; los balcones y azoteas estaban coronados de gentes, en los cuales ostentaba el bello seso su lujo y hermosura: todo el tránsito ofrecia la mayor animacion, ondeaban pendientes de los balcones cortinas de musolina y seda, y las músicas mezclaban los suspiros de Bellini y los raptos de Rossini, con el repique de las campanas, los clamores de los victores, y el retumbar solemne de la artillería.

Terminada la misa salió en tropel la concurrencia de Palacio, presidida por los Escmos.

Sres. secretarios del despacho, y se dirigieron al centro de la plaza: por la confusion en que salió la concurrencia, muy pocos presenciaron la solemnidad de la piedra.

Regresó en el propio desorden la comitiva á Palacio, donde despues de algunos saludos á los señores ministros se dispersó en su mayoría, ordenándose la procesion que marchó á la Alameda, presidida por el Escmo. Sr. gobernador del Departamento y la junta patriótica.

La Alameda es como las mugeres realmente hermosas; el mas sencillo atavío les sienta y embellece: en sus puertas se suspendieron arcos de tule y flores naturales; en sus calles que inundaba la multitud, habia toda clase de frutos y vendimias, y en sus risueños praditos improvisaron puestos de comestibles, en que el licor nacional hacia su interesante y popular papel.

En las fuentes se veían los juegos hidráulicos, y en la glorieta principal se alzaba el templete, perdiéndose su cúpula entre los árboles: adornaban el templete cuatro retratos que podían haberse suprimido, porque tenían afinidad íntima con las caricaturas, ó por lo menos podia por su aspecto, interpretar la malignidad, que de muy mala cara nos dieron patria nuestros héroes: dos octavas completaban el adorno del templete: sospechamos que saldrían buenas de la pluma de sus autores; pero estaban tan mal escritas, tan mal puntuadas, tan desfiguradas en fin, que juro que sus autores mismos no las han de haber conocido.

El elocuente orador jalisciense, pronunció con voz clara su discurso: á los que aman la buena literatura y comprenden las efusiones tiernas de un corazon inspirado por el fuego patriótico pareció bien; los otros, que buscan alusiones que ni son del lugar, ni del día, hablan con veriedad.

En la tarde, el paseo de Bucareli estuvo concurrenciosísimo; caballos arrogantes, carruages soberbios, simones enteleridos y de andar trabajoso, que acompañaban con el pasado chirrido de sus ruedas, la algarabía musical que se escuchaba en las fuentes de la Victoria y la Constitucion.

En la plazuela de San Fernando hubo maromas, y la lluvia mas antipatriótica, empapó al público pedestre y las unigénitas casacas de los cajeritos de comercio, escribientillos y demas gente que solicita su acesit al *gran tono*.

No obstante lo fuerte del chubasco se prendieron los fuegos artificiales, pudiendo anunciar con satisfacion, que el cohetero los vió á su placer, sin enponerse el tremendo fallo de la multitud.

En la noche se representó en el teatro *la familia de Falkland*, cuyo juicio critico nos ha ofrecido un amigo, é insertaremos en esta miscelánea, ó en el Siglo XIX.

## FRAGMENTOS

### DE UN VIAJE A EUROPA EN 1841.

Mi muy amado señor de todo mi respeto.— Burdeos, capital del Departamento de la Gironda, está situado sobre el Garona, brazo izquierdo del río que da su nombre al Departamento; á 90 kilómetros de la torre de Cordouan, y 616 S. O. de Paris. El almanaque del *Buzó* de longitudes, le da 217.000 habitantes, y dice que su latitud es 44° 50' 19", su longitud 2° 54' 56" O., y la altura de su suelo sobre el nivel del Oceano 6,6 metros, tomada desde el pavimento de la catedral. Llegamos ayer, entre cuatro y cinco de la tarde, y hospedados en el lugar y modo que verá vd. en las de L. y B., que de intento incluyo abiertas, lo primero en que pensamos fué en comer, porque quien almuerza á las nueve y está sin negocios urgentes, nada tiene que hacer mas ejecutivo á las cinco de la tarde. S. M., el mas despejado de nosotros, como viajador consumado, y práctico ademas en las costumbres del país, como hijo de él, dirigió el servicio, y luego comencé á extrañar la manera de él. Pidió sopa para tres, cabeza de becerro en aceite para otros tantos, de un pescado para dos, de otro para cinco, chicharos con azúcar para cuatro, y conserva de grosella para igual número; eranos sin embargo cinco los posados en aquel hotel, y en cierto modo la clientela de este señor. Firme en mi idea de no juzgar por las primeras impresiones, esperé pacientemente el resultado de lo que yo suponía ayuno, y que me parecia tanto mas extraño, cuanto que quien lo habia recetado es no solo conocedor, sino aficionado en gastronomía, y está acostumbrado, como es fácil advertirsele, á estar en buenas mesas.

La sopa que trajeron contenia una *parceuz croustons*, que es lástima que no sea comun en Mexico, y que fué no solo suficiente, sino abundante; lo fueron igualmente los demas platos, y la conversacion que sobre ellos promoví me hizo saber que la porcion de cada uno es abundantísima, de manera que bastan dos para saciar á cualquiera, y que por lo mismo, quien sabe dirigir los pedidos cuando hay dos ó mas personas juntas, sabe proporcionarles variedad, sin aumentar los costos de una comida ordinaria. En efecto, la mas ordinaria consta de cuatro platos, y nosotros habiamos comido bastante de seis, sin que el costo fuera mayor, lo que califica en mi interior por uno de los adelantos europeos en economía doméstica, y una de las mas agradables combinaciones de los usos del

país: generalmente cada plato contiene para dos que piensen comer tres ó cuatro cosas.

Como las representaciones comienzan tan temprano y la mesa se sirve con tanta lentitud, pues cada plato pedido tiene á veces que comenzar por la coadura del objeto, apenas nos levantamos, cuando ya era hora de ir al teatro. Como me habia propuesto hacer lo que los demas, mientras estuviera en su compañía, yo tambien fui; y á mi propósito se agregaba el desseo de ver este teatro tan ponderado, y que pasa por el primero de Francia en cuanto al material. Y tienen razon: el edificio es hermoso, vasto, regular, y aun puede decirse magnifico en su exterior: interiormente corresponde mas al número de concurrentes que podrá contener diariamente, que á los tamaños esteriore: quiero decir, que la sala es mas chieca de lo que pudiera esperarse. Está pintada con el mal gusto que indica siempre la multiplicidad de colores y la fusión de dorados; pero es bonito, y sus palcos enteramente distintos de los nuestros, tienen la forma de balcones salientes: la línea que ocupan nuestros *primeros*, es aquí una amplia cornisa sobre el patio que tiene asientos en gradas, y detrás los palcos primeros *ó loges du premier*; la *parterre* (nuestro patio) está mucho mas inclinada que la nuestra, lo que favorece la mejor vista aun desde sus filimos asientos; nuestra *cauzela*, que aquí se llama chistosamente *paraiso*, no sobresale de los muros de apoyo, y sostiene á sus concurrentes con cuerdas como entre nosotros. Nos colocamos en la galería de los primeros enfrente de las tablas, y como cuando llegamos ya habia comenzado la representacion de la pieza, que estaba ya en su desenlace, no sabré decir á vd. nada sobre ella. Creí que seria una cosa del gusto del público burdeles por lo mucho que aplaudió; pero no pude entender su objeto, ni me acuerdo del nombre que tenía en el cartel. Durante el entreacto nos sillimos no soio de la sala sino del teatro todo, á fumar nuestros cigarros, pues no lo hubieran permitido ni en la puerta exterior.

Cuando volvimos entré muy contento, pues lo que segria era una parte del Moises, y como conozco esta ópera, me prometia hacer comparaciones que no me era posible en lo demas, á falta de término. Mi esperanza de gozar un buen rato se aumentó, cuando apenas comenzada la representacion salió Moises, porque fué acogido

con tal entusiasmo y con tantos aplausos que supuse seria un artista eminente. ¿Podía yo adivinar que este mismo entusiasmo, degenerado en la mas indecente furia, debía privarme enteramente del espectáculo? ¿Podía yo ni sospechar lo que se siguió y determinó á míaleman á irse á dormir, ni cómo pudo tal determinacion unida á mi aburrimiento y mis distracciones, cerrarme dentro de poco las puertas del teatro? Pues lo cierto es que nada bueno vi. El palmotéo se prolongó, fueron agregándose á él silbos y gritos de reprobacion, patadas, golpes sobre las bancas, y cuantos ruidos puede producir el hombre desprovisto de tambores, campanas, cañones y demas instrumentos estrepitosos: la bulla era espantosa: el aire tanto y tan diversamente agitado, comunicaba su vibracion hasta á los asientos. . . . Tal vez hasta los muros. . . . Si el juicio final debe anunciarse con ruido, pocas imágenes podrán verse de él mas semejantes que esta groserísima escena. Dursba ya mas de ocho minutos, cuando el mer (*maire*, magistrado civil) que varias veces habia ensayado en vano hacerse oír, logró por fin un semi-silencio, y lo aprovechó en decir que quedaba admitido H, tal actor, puesto que una mayoría inmensa sufragaba por él; que. . . . Fué imposible saber lo que seguia diciendo: el ruido continuó con mayor estrépito como si hubiera sido represado. Los actores esperaban, mudos y viéndose unos á otros, el resultado de tal frenesí; los espectadores desintereados estábamos mohinos y violentos, y los gritones solos triunfaban y se complacian en cantar su victoria. En verdad no puedo concebir, á pesar de haberlo presenciado, cómo seres que parecen racionales, se pueden entregar á tal delirio, y para expresar este ruido se me viene involuntariamente á la memoria el ridículo ejemplo, que cierto *arte político* nos propone como modelo de las imitaciones latina:

*Trápala, trisca, baravunda, chacota,  
Híndese la casa, toda la gente clama.*

Mi aleman, que ya habia ocupado en cierta indicacion á nuestro buen muchacho el burdales que desde el patio donde estaba habia venido á hablarnos, le suplité lo acompañara á la posada porque no sabia, dijo, irse solo, y deseaba retirarse ya. El pobre tenia razon: no conociendo ni una palabra del francés, y siendo ademas poco aficionado al teatro, habia venido solo por acompañarnos, y la música que nos daban los alborotadores, no era propia para reconciliarlo con las tablas. Pareciéndome que no sería grato para nuestro hospedador dejar la compañía de sus paisanos, é interrumpirse por segunda vez en sus gozes, y deseando al mismo tiempo que servir de algo, descansar mis orejas algunos minutos, pues hacia mas de veinte que me zum-

baban, me ofrecí por conductor, y nos salimos inmediatamente.

Cuando reflexioné que no habia yo cuidado de pedir á nuestra salida los boletos necesarios para volver á entrar, ya no era tiempo de hacerlo, y aunque me pesaba haber dejado á mis compañeros sin despedida, no quise esponerme á que me rehusaran la entrada, sin entrar en las esplicaciones necesarias para ella, ni menos aun comprar nuevo boleto; así pues me resolví á quedarme con mi compañero de cuarto y aprovechar un rato en escribir esta.

Antes de acabarla debo decir á vd. que el aspecto que Burdeos presenta de noche, me ha parecido mas agradable aún que el que tiene de dia: como el comercio continúa abierto hasta muy tarde, y como casi todas las tiendas están lujosamente decoradas y con una iluminacion abundantísima, la vista está como encantada. Pero entrando en casa el contraste no puede ser mayor. El mezquino quinqué que alumbraba la escalera de caracol apenas estiendo su benéfica luz á las primeras vueltas; cuando subimos con nuestra vela, no hacia falta; pero ahora que he bajado y vuelvo á subir solo, estraño mucho tal incuria en una casa, que por lo demas me parece muy buena. También tengo que hablar á vd. de nuestro cuarto, á fin de darle idea de lo que aquí llaman *hotel meuble*: estamos en un tercer piso porque no habia otro desocupado: nuestro cuarto tiene á cada lado de la puerta, en los rincones, amplias alacenas; enfrente de aquella la chimenea con su cornisa de mármol, su grande espejo, y dos ventanas á los lados con sus respectivas colgaduras: enfrente de cada ventana hay una mesita con una botella blanca, un vaso, un pichel, un lebrillo, y dos servilletas ó toallas; de estas mesas siguen nuestras camas que son de caoba, y consta la dotacion de cada una de un jergon llamado *paillasse*, por estar lleno de paja, un colchon de pluma encima, y otro mas de lana sobre éste; dos amplisimas y muy limpias sábanas de cáñamo, un bolillo de plumas, y un *oreiller* que diferencia de nuestras almohadas por la forma que aquí es cuadrada y el relleno que es de plumas tambien, y una manta, frazada ó sobrecama de algodón, muy suaveita. Los pies de la cama corresponden á las ventanas. Hacia la cabecera está un. . . . con su correspondiente vaso y en medio del cuarto una mesita redonda.

Pero ya es media noche; el tiempo, cuando no estamos esperando, pasa con la velocidad que ha dado ya lugar á tantas reflexiones, y aunque no tengo sueño, la hora y la descripcion que he procurado dar de la buena cama, me están diciendo *acuéstate*; y yo contestare como repite á cada instante el sábio médico que vd. quiere tanto, *obedezco*. —O. (M.)



## EL SABINO DE PLATA.

Esta especie de sabino nace en las regiones mas frías de la America del Norte. En los Estados-Unidos, Canadá y Nueva-Escocia, se conoce bajo los nombres de *Sabino de Plata*, *Sabino Balsámico* y *Balsamo de Gilead*. Hacia el Sur de aquellos países, crece tan solo en las cumbres de los Alleganias, y especialmente en las altas montañas de la Carolina del Norte. Por lo comun crece con mas lozania en los terrenos arenosos.

Su altura rara vez pasa de enarenta pies, con un diámetro de doce á quince pulgadas. Si el tronco mide un pie de diámetro en la superficie de la tierra, á la altura de seis pies disminuye hasta un diámetro de siete á ocho pulgadas.

Cuando se conserva aislado y se desarrolla por sí solo naturalmente, sus ramas (que están profusamente guarnecidas de hojas) disminuyen en longitud á medida que nacen á mayor altura del tronco; y así es que el todq forma

una pirámide perfecta. La corteza es lisa y tierna. Las hojas miden seis ú ocho líneas de largo, y nacen separadas en los lados y en las estremidades de las ramas: son estrechas, fuertes y planas, de un hermoso verde arriba, y de un blanco plateado abajo, de cuyo color probablemente se deriva el nombre del árbol. Florece en Mayo, y en seguida produce unos conos frágiles de forma casi cilíndrica, de cuatro ó cinco pulgadas de largo y una pulgada de diámetro, é invariablemente dirigidos hacia arriba. Las semillas maduran en otoño, y se las deja en el árbol: caen y se desparrraman por sí mismas.

La madera del Sabino de Plata es ligera y algo resinosa, y el corazon es amarillento. A veces se emplea para hacer duelas para barriles de empaquetar pescado; aunque por lo comun se prefieren para este uso otras muchas maderas. La resina de los pinos se estrae por medio de incisiones que se hacen en el tronco del árbol,

por las cuales sale, destilándose de los poros de la corteza y de los vasos de la savia del alburno. En el Sábino de Plata, la resina se deposita naturalmente en una especie de vejigillas que nacen en el tronco y en las ramas, y se recoge abriendo estas vejigillas, y dejándola caer en vasijas á propósito. Esta resina se vende en Europa y los Estados-Unidos bajo el nombre de *Balsamo de Gilead*, aunque todo el mundo sabe que el verdadero bálsamo de este nombre se saca del *Amryris Gileadensis*, árbol muy diverso y nativo del Asia. Tal vez se le aplicó aquel nombre á causa de alguna semejanza en el sabor y el olor de aquellas dos sustancias. La trementina fresca es un fluido verdoso, y trasparente, de un sabor acre penetrante. Tomándola con exceso produce irritación en la vejiga, y aplicándola á las heridas causa inflamación y dolores agudos. En Inglaterra ha sido celebrada á lo sumo, y se recomienda en ciertos grados de la tisis pulmonar.

(Traducción del Family Magazine para el Museo.)

#### SOCIEDAD LITERARIA DE PUEBLA.

AMANTES del adelantamiento y de las glorias de una patria querida, no podemos menos de ver con gozo inefable los rápidos progresos que hace en toda la república el amor á las ciencias y á las letras. Cansados los hombres de los escudimientos revolucionarios; convencidos de que no es ahí donde se encuentra la tranquilidad y la ventura de nuestro desgraciado país; desengañados á trueque de costosos sacrificios y de penas sin número, manifiestan su deseo de encontrar un consuelo á las desgracias que los han destruido, y creen fundadamente hallarlo en el estudio de la literatura y de las ciencias. Siempre ha existido en México ese deseo ardiente del saber pero débil y casi sofocado por las circunstancias políticas del país, ha sido un germen de vida que no había podido aun desarrollarse. Ese germen se va desenvolviendo, y los frutos de su árbol santo pronto se verán sazonados. ¡Honor á la juventud de la era presente, á la que parece que el cielo había reservado imprimir á la república el movimiento intelectual que se nota por todas partes! ¡Honor á todos aquellos que amando de corazón el imperio de las luces, hacen los mayores esfuerzos por establecerlo entre nosotros! Como muestra de esos laudables esfuerzos pueden citarse en México, la Academia de literatura de S. Juan de Letran y el Ateneo; en Zacatecas el Instituto literario, y en Puebla el establecimiento cuyo nombre va al frente de este artículo.

Cuando una asociación científica se plantea; cuando se ve una multitud de jóvenes agruparse en pos de las coronas literarias, formando acade-

mias donde recibir esa instrucción apetecida; cada vez que uno de estos acontecimientos tiene lugar, es un día de gloria para la patria. Una sola de las guirnaldas á que aspira la juventud estudiosa, le es ofrenda mas grata que mil de los laureles ensangrentados que brillan en la frente del soldado.

Uno de estos días de gloria queremos anunciar, y jamas hemos empleado nuestra pluma en objeto mas digno y halagüeño. Algunas personas recomendables por sus luces, persuadidas de lo que arriba dejamos dicho, resolvieron formar una asociación científica y literaria de que carecía Puebla. Un ánimo constante y decidido les hizo superar los obstáculos que se presentan por desgracia, siempre que se trata de un establecimiento útil, y lograron ver colmados sus deseos y llevado á cabo un pensamiento que les hace honores, encontrando en el señor rector del Carolina quien secundara sus miras, facilitándoles generosamente un amplio local en dicho colegio, para que la *Sociedad* tuviera sus sesiones.

Digno es entre otros de particular mención y elogio por su empeño y aplicación, uno de los fundadores del establecimiento, D. Fernando Orozco, joven amigo nuestro, de grandes esperanzas, y de quien tenemos el gusto de presentar hoy á nuestros lectores una bella poesía, no siendo éste el único género á que se ha dedicado, pues hemos inserido ya en nuestras columnas alguna producción científica de su pluma.

Instalada, pues, la reunión, el primer cuidado de sus recomendables sócios fué, el de abrir algunas cátedras servidas por ellos mismos. Al referir las que sepamos, no se crea por esto ser las únicas, y si en la enumeración de los cátedráticos, así como de los individuos que desempeñan otros empleos, omitiéramos algun nombre, advertirnos desde luego que debe atribuirse á olvido involuntario, pues nada nos causa mas contento que estampar en nuestro periódico los nombres de los buenos mexicanos, que contribuyen en cuanto les es posible á los adelantamientos de su país.

Las cátedras de que tenemos noticia son las siguientes: de ideología, que sirve D. Félix Bisetegui; de gramática castellana, D. Anselmo Gutiérrez; de literatura, D. Manuel Salazar (también vice-presidente); de geografía, D. Manuel Orozco, antiguo alumno de minería, hermano de D. Fernando; y de quien se conocen en México algunas brillantes producciones. Tiene la *Sociedad* un presidente, que lo es D. Manuel Cardoso, un vice, un secretario D. Rafael García, un tesorero D. Manuel Zamecona, y un bibliotecario D. Rafael Illescas; y aunque este último empleo podría parecer algo inútil, ciertamente no lo es, pues la liberalidad de los sócios ha hecho que se cuente ya con una escogida aunque pequeña bi-

blioteca, que según se nos ha asegurado se aumenta diariamente. Sabemos también que se ha formado un reglamento que no dudamos contribuirá mucho á los progresos de una *Sociedad*, por la que nos interesamos, deseando sinceramente que prospere y cuente en su seno poetas insignes como el tierno y melancólico *Rodríguez*, que aun lloramos; oradores eminentes, geógrafos consumados, hombres distinguidos de todo género.

Reciban, pues, los miembros de la *Sociedad literaria* de Puebla este artículo, que les dedicamos como una ofrenda debida á la aplicación y al trabajo; como un testimonio de nuestras simpatías por ellos; y si quieren publicar en México sus producciones de cualquiera clase que sean, les ofrecemos desde luego las columnas del *Museo*, nunca mejor empleadas que cuando contribuyen á dar publicidad á obras de mérito, estimulando con ello á personas tímidas, y manifestando nuestros ardientes deseos de que se multipliquen en la república establecimientos de la clase del de Puebla, que son el termómetro de la civilización de las naciones.—EE.

#### AIROS.

Á MI AMIGO RAMON L. ALCARAZ.

VAGABA por la vega silenciosa  
Pensando en lo que fué y en lo futuro,  
Y á mi vista se ofrece un viejo muro,  
Que es un palacio magnífico guardó.

Un palacio que ayer era potente,  
Asiento de alegría y de grandeza,  
Donde nunca la lúgubre tristeza  
Ni el matador fastidio penetró.

Cuando la noche oscura el bajo suelo  
Entre sus negras sombras envolvía  
Desde sus altas torres difundía  
Torrentes puros de radiante luz.

O si los claros rayos de la luna  
Sus gigantescas formas dibujaban,  
Sombra y abrigo á los amantes daban  
En su jardín las ramas del sauz.

Y del festín el ruido se escuchaba,  
Y la voz del concierto sonorosa,  
O el dulce canción que alguna hermosa  
Entonaba al compás de su la d.

Y cuando ya la multitud rendida  
Al reposo del sueño se entregaba,  
El sol desde el Oriente iluminaba  
Un cuadro de hermosura y de quietud.

Mas hora ya no habitan sus salones  
Mil doncellas de faces peregrinas;  
Solo habitan agrestes golondrinas  
O algun parduzco atolondrado avion.

Y en la noche no se oyen los conciertos,  
Sino el graznar descompasado y triste  
De nocturna lechuza que resiste  
Parada en la alta torre, el águila.

TOM II.—X 14

No crecen del jardín entre las ramas  
Los pájaros alegres, billidores;  
Ni crecen ya las caprichosas flores,  
Derramando perfumes por do quier.

Hora entre secas zarzas se desliza  
El vil gusano que la tierra mide;  
Y el foso, muerto ya, solo se decide  
Por todas partes sucia feldipe.

Viejo casillo, ¿qué es de tu grandeza?....

Hora tan solo quedan las señales  
De tus quebrados diáfanos cristales,  
O la dorada almena rota ya.

Mas á mí no me espanta tu tristeza:  
Yo vendré á meditar en tu ruina,  
Cuando el sol moribundo ya declina  
Y otras regiones alumbrando va.

Porque tú eres la imagen de mi alma;  
Tú revelas mis gustos ya pasados,  
Y los presentes hórridos cuidados  
Que destruyan mi triste corazón.

Ayer también mi pecho fué morada  
De mil dulzuras y de mil placeres,  
Y entre halagos de cándidas mugeres  
Nunca el rostro miré de la aflicción.

Y hora en mi faz doliente se retrata  
La pena que devora el pecho mio,  
Como en tu frente, lúgubre y sombrío  
Se ve del tiempo el destructor poder.

Ya no canto de amor las dulces trovas;  
Solo escuchalo en mi amargo desconsuelo  
Triste suspiro que ni llega al cielo,  
Ni calma mi continuo padecer.

Siempre al lucir la estrella de la tarde  
A tí vendré con meditar profundo,  
Lejos de la ciudad, lejos del mundo,  
Donde pude en otro tiempo ser feliz.

Haré mi habitación en tus escombros,  
Y la caída ya, rota cantera,  
Me servirá de blanda cabecera  
Para en la noche lúgubre dormir.

O contemplar tranquilo y sosegado  
El puro azul del cielo cristalino,  
O el brillante lucero resperpino  
Que cual mi vida declinando va.

O la faz de la luna melancólica  
Que sus rayos derrama blandamente  
Sobre el cuadro terrífico, imponente,  
Del mundo adormecido en la maldad.

Si, yo quiero habitar en tus escombros;  
Cesará, cual tu gloria, mi amargura,  
Y encontraré mi triste sepultura  
So el raído cimiento de un torreón.

Todo lo olvidaré... mis infortunios,  
Mis placeres tan dulces cual miserables;  
Y desde aquí á los hombres miserables  
Con triste voz diré: "Por siempre, adios!"

Octubre 25 de 842.—Fernando Orozco y Berra.

## GERONIMO SAVONAROLA.\*

## I.

VENID, acorred á mi acento, ó vosotros seres privilegiados, republicanos entusiastas, águilas atrevidas, que no conociendo rey en el espacio abrigais bajo vuestras alas á los pueblos, y solo estendeis vuestras garras para abatir las cervices de los despotas! venid á mí. Yo os convoco para celebrar un gran recuerdo, como el padre de familias convoca á sus hijos para celebrar el de una madre inerta en la primavera de la vida.

Ved el horizonte: está puro, y el ángel de la mañana con su ropaje de oro y de púrpura, que flota allá en los cielos, baja risueño á abrir los pétalos de las flores, y á verter sobre ellas el aroma celestial que nos embriaga. Recoged las solicitudes, antes de que el sol marchite su belleza; y formando guirnalda odorosa, venid á depositarlas al son de dulces instrumentos, en el ara santa de la libertad. Aquí os espero, acompañado de mis recuerdos tiernos y de mis brillantes ensueños de felicidad para los pueblos, bajo la fresca y apacible sombra del divino hijo del cielo, del sublime apóstol de las repúblicas cristianas, del humilde fraile Gerónimo Savonarola, junto á quien los orgullosos conquistadores, despreciables hijos de la tierra, no son mas que unos ridículos pigmeos.

¡Venid á mí, hijos de la libertad! Venid á mí, y arrodillaos, y después de haber besado sus plantas, cien mil veces benditas, nos saborearemos con la relación de sus hazañas como los hijos amorosos con las de un padre muerto honorosamente en los campos de batalla; y llorando como ellos su desastroso fin, lanzaremos nuestro postrer gemido, que encontrará ecos en un mundo que duerme, mas que no ha muerto, bajo la planta de los tiranos.

Venid á mí, hijos de la libertad! Venid, regociaos, y escuchadme.

Mas ha de trescientos años, que para prior del convento de San Márcos de la vieja ciudad de Florencia, salió electo en el capítulo que en Roma celebraron entonces los dominicos de

aquella provincia, Fr. Gerónimo Savonarola; hombre de edad de treinta y seis años, de aspecto severo y trazo afable, de costumbres rígidas, de un saber profundo, y de un ascendido patriotismo. Nació en Italia y en el siglo XV, época de los grandes descubrimientos y de las grandes acciones, así como de los grandes abusos; época en que el feudalismo moribundo creía prolongar un tanto su espírate existencia, adormeciendo á los pueblos con los excesos de todo género para debilitarlos, y en que la luz radiante de la restauración asomaba ya por el horizonte de Europa, desvaneciendo las densas nieblas que lo oscurecieran, y precedido por Dante de Castiglione, Jacobo de los Pazzi y otros, Gerónimo Savonarola levantó su cabeza de comedia de aquellas congregaciones religiosas, centro de la ilustración y del saber en la edad media. Indignado por los abusos y la opresión de la mezquina Roma moderna, y animado por los recuerdos de la antigua soberana del universo, y por sus ideas de religión y humanidad, sintió dentro de sí mismo, como todos aquellos hombres á quienes destina el cielo para grandes cosas, aquel convencimiento de la posesión de una fuerza moral, que haciéndole superior á las inconsecuencias y debilidades humanas, le haría capaz de contrarrestar á los tiranos con solo la fuerza de su palabra para hacer de su patria un pueblo libre.

Las grandes crisis han sido en todos tiempos, y en todas las naciones, las madres de esos hombres extraordinarios, de esos hijos de la revolución, como se los ha llamado, que tan poderosamente han influido en lo sucesivo en su felicidad ó en su desgracia, y que han perecido también bajo el peso de la obra gigantesca que ellos mismos con sus manos levantaron, y que el tormente de los acontecimientos ha derribado en su curso fatal. Savonarola era, pues, uno de esos partos asombrosos de una época necesaria de transición, destinado como el Icaro de la fábula, á remontarse hasta el sol para caer desde esa al-

(\*) Nació en Ferrara el año de gracia 1452, de una familia honrada, y en la casa contaba por abuelo á I. M. Savonarola, caballero de Rodas, cuyas obras de medicina fueron muy apreciadas en el siglo XIV. á los diez y ocho años de su edad tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de este nombre de su ciudad natal; y en 1488 fué nombrado prior del convento de S. Márcos de Florencia en donde murió, víctima de su amor á la libertad, de su odio á los tiranos, y de su celo apostólico. De sus obras no queda mas que el *Triunphus crucis*, impreso en Florencia en 1492; su vida ha sido escrita por Pico de la Mirandola, por el P. Nicolas Scarponio y por Baratti. Su nombre es popular en Italia, y principalmente en Florencia; y en la historia de esta ciudad es á fines del siglo XV, uno de los principales personajes.

tura; mas no era el único, porque en esa crisis universal en que la Italia y la Europa entera debían mudar de aspecto, otros muchos estaban destinados á alzar el estandarte de la libertad al lado del hermano Gerónimo Savonarola, como Italia le llamaba. No obstante, en medio de tantos entusiastas que habian concebido un mismo proyecto, Savonarola marchaba solo, porque sus fines, y los medios de que para llegar á ellos debería valerse, eran distintos de los de los demás; eran exclusivamente suyos, porque eran hijos de su fé, de su esperanza, y de su caridad.

La juventud italiana, embriagada y seducida por la lectura de las hazañas de sus antepasados, de los hijos primitivos de la que fué señora del mundo, ansiaba, es cierto, por la libertad, y por volver su antiguo esplendor á la ciudad eterna, y al par á las demás ciudades de la Italia; mas olvidándose de sus nuevas creencias en materia de religión, hubiera abandonado la de Cristo por las prácticas supersticiosas del culto de Júpiter; por ver un día remido el antiguo senado con sus consules; por oír á los tribunos abogar por el pueblo, y por ver á éste entusiasmado y precedido del sagrado *liberum*, entonando vivas á la libertad, y á las demás naciones humilladas, ofreciéndole á Roma sus tesoros, como á una soberana. No así Savonarola; sumamente versado tambien en la historia de Grecia y la de Roma, con una imaginación ardiente, y con una alma energética aleccionada por aquellas, se habian nutrido además desde muy niño con la lectura diaria de las Sagradas Escrituras, y de los padres de la Iglesia; y habiendo meditado detenidamente en el evangelio, llegó á persuadir á su corazón, y á convencer á su entendimiento, de que según aquel libro sublime, dictado por un Dios, deberían ser en adelante gobernados los hombres, pues es sin duda el mas apropiado para librarlos de la opresión y de la miseria. De esta suerte, por una combinación del todo nueva de la política con la religión y con la moral, llegó á concebir un sistema fundado en estos cuatro principios eminentemente sociales, á saber: *el temor de Dios, el amor de la patria, el olvido de las injurias, y la igualdad de los derechos*. Al par de su reforma política ideó su grandioso proyecto de reforma religiosa, por la que el árbol santo de la religión, hasta allí regado con sangre y lodo, crecería en adelante, bañado únicamente por las lágrimas puras del verdadero creyente, y podado por una mano humilde y sencilla, como la de los primitivos fieles. ¡Qué, pues, le quedaba que hacer para llevar á cabo su empresa, una vez concebido el plan, y convencido de la justicia de su causa? ¡Urdió acaso silencioso su trama, conspirar en medio de las tinieblas, y afilar su punal durante la primera vigilia de la noche, para ir como los de-

mas, á la hora en que el gallo canta por tercera vez, á cortar las cabezas de cien tiranos que oprimían á la Italia? No, ciertamente, porque semejante á los discípulos de Cristo que se derramaron por el mundo á predicar el evangelio, sin mas armas que su convencimiento y su palabra, Savonarola vistió el sayal, y acompañado de su elocuencia subió á los púlpitos á inculcar en el corazón del pueblo la eterna verdad de sus principios; y á hacer una triple guerra al fanatismo, al despotismo y á la hipocresía, en bien de un pueblo á quien amaba, como Cristo á aquella multitud que por do quiera lo seguía, ávida de escuchar el acento de su voz persuasiva y elocuente.

Tal era Savonarola, y tales eran sus principios el día en que llegó á Florencia á pie y descalzo, con la cabeza baja, como si el peso de los gigantescos proyectos que en su interior se fermentaban la agobiasen; y sin levantarla, sino un solo momento para contemplar de paso aquel lugar que la Providencia le había destinado para teatro de sus hazañas, semejante á un león de la antigua Roma que antes de lanzarse al combate arroja una mirada pasagera sobre el ámbito del circo. A su llegada encontró á Lorenzo de Médicis, ocupando la silla ducal, oprimiendo al pueblo con onerosas gabelas, y derramando por todas partes la corrupción, único medio de asegurar, en su concepto, su bastardo poder. Vió á la ciudad convertida en una inmensa orgía, donde á la luz de mil candelas, y entre la algazara y desvergüenza de la mas licenciosa embriaguez, el padre prostituído á la esposa y á la hija; el hijo vendida vil y despiadadamente al padre, aseñaba robaramente al hermano, eran contadas por las imbeciles careceadas del noble y del poderoso. Vió al que debiera ser la imagen de Dios envilecido por sí mismo en aquel centro de prostitución, donde no se oían mas que maldiciones y blasfemias, y donde semejante á un demonio y sentado en un trono de huesos, y destilando sangre por los labios, Lorenzo de Médicis contemplaba su obra con sonrisa maligna.

Savonarola vió y lloró. . . .

Y tendiendo la vista por toda la Italia, contempló aquella hermosa reina del Mediodía tan envidiada por todos los principes, pálida y casi escénima, durmiendo en los brazos de la mas desenfrenada prostitución. Los grandes ensoberbecidos rasgaban las carnes del pueblo con látigos de hierro, y este ora en la miseria y gimiendo agobiado por el dolor, se arrastraba á ocultar de la vista de sus tiranos las lágrimas de su desesperación, ora riendo imbecil se humillaba hasta besar sus plantas con toda la bajeza de la adulación, temeroso de sucumbir á tanto despotismo.

Savonarola vió y lloró . . .

Mas su rostro se puso pálido y sus ojos salieron de su órbita y sus labios temblaron, cuando de enmedio de todas aquellas infernales orgías, vió levantarse sobre ellas una, monstruosa, abominable y presidida por un hombre, que á las insignias del gefe supremo de la iglesia, unía las de la mas desenfrenada bacanal.

—Justicia, exclamó entonces inspirado: una reforma política y religiosa necesitan y anhelan los pueblos. —Y las montañas y los rios y las ciudades de toda Italia repitieron: "Justicia! Reforma!" estrechándose los cincientos de los tronos y de las basílicas.

—Oh! Señor, continuó arrojándose, mira prosternado ante tí, único Señor, ante quien el hombre debe doblar sumiso su rodilla, un insecto que con tu auxilio se convertirá en un leon, que derribará los tronos de aquellos que en su miseria se creyeron superiores á sus hermanos. Préstame un solo átomo de tu poder, y la Italia y el mundo entero no teniendo mas padre que tú, se convertirá en una dilatada familia, donde el hermano llorará por las dolencias de su hermano, y se regocijará con su alegría; y donde los nombres de rico y pobre, de poderoso y débil, de noble y de plebeyo desaparecerán, como las hojas secas que deja tras sí el otoño, barridas por los vientos del invierno.

A la voz de reforma, la Italia embrigada y debilitada con sus placeres, alzó un tanto su cabeza y permaneció atenta como un loco á quien se le muestra el precipicio en que va á caer, á aquella voz de trueno que saliendo de uno de los conventos de Florencia, resonó por todos sus ángulos, clamando por una reforma política y religiosa (1). El celoso reformador, rompiendo

(1) Hasta aquí, nada se atreve á hacerle ningún cargo á Savonarola: su vida ejemplar y sin tacha, es confesada á una voz por todos los historiadores y cronistas de la época, tanto Italianos como extranjeros; y uno de estos llamado Felipe de Commines, cronista del rey Luis XI de Francia, y de Carlos VIII su hijo, dice en la crónica de este último: *Comme il y avoit un frere precheur en Jacobin ayant demouré á Florence par l'espace de quinze ans renommé de fort saint et qui ne parloit á lui en son mal qu'il qu'il eust quatre vingt et quinze ans appliqué frere Hieronyme. . . .* y mas adelante continúa el mismo cronista: *Ne vis était la plus belle du monde, ainsi qu'il se peuvait voir en ses sermons, prechant contre la luxure et la volerie en telle est, mandes gens á bien vivre comme j'ai dit. Il eut un testigo ocular de las virtudes de Savonarola, que segun mas adelante se espresará solita; jamás las desmintió y que fué quemado en Florencia, como luego diremos, par entre qui on eust sur lui tant du costé du poep que de plusieurs autres Florentins et Venitiens, como el mismo Commines asegura.*

Mas los partidos comenzaron, y como sucedió antes, cada uno trataba de desconocer á su vez á los demás; y de aquí resulta que la conducta política de Savonarola haya sido un tanto denigrada por historiadores posteriores, que desistieron de la imparcialidad suficiente para escribir una historia se han dejado llevar de preocupaciones y opiniones mezquinas. Hoy que la antorcha de la filosofía va aclarando y jus-

el dique que hasta allí lo contriviere se mostró en las plazas y en los templos, y haciendo oír su voz, pidió una reforma política, por que un pueblo rey gemía bajo el peso de la tiranía de unos cuantos que osaran llamarse nobles; y religiosa, porque gobernada la iglesia en esa época por Rodrigo Borja, bajo el nombre de Alejandro VI, el hombre mas desmoralizado que haya ocupado jamás la silla pontificia, habíanse arraigado las preocupaciones, entronizado los abu-

tipreando los hechos de la historia, Simonde de Sismondi en su Historia de las repúblicas Italianas de la edad media, y otros, consideran á Savonarola en su verdadero punto de vista cual conviene á historiadores filososóficos.

Mas hay un punto en que Savonarola ha sido objeto de vivas controversias, y del odio y execración de cierta clase social; y es en lo tocante á su reforma religiosa. Cualquiera que haya leído la historia de aquellos tiempos con una poca de detención, que haya tenido en su mano las obras de San Bernarido, y que haya meditado en la escandalosa historia del pontificado de Alejandro VI, y aun en la de sus sucesores, se convencerá de que Savonarola al predicar una reforma, estaba muy lejos de hallarse animado por un celo fanático, y por un espíritu trastornador sordido; tanto mas cuando que él se limitaba á la reforma de la disciplina sin tocar en un ápice al dogma. Mas un poderoso contrario se nos presenta; hombre respetable en materia de critica por su sanidad, en ella, y admirable por su vasta y profunda erudición: este es Pellico, quien en el *Prólogo apologético* que acompaña al tercer tomo de su Teatro crítico, edición de Madrid de 1749, habla estensamente sobre Savonarola en contestación á la Tertulia apologética, en la que un anonimo le impugnaba lo que de Savonarola habia dicho en uno de sus discursos. Este pues, apoyándose en varios autores, entre los cuales los principales son Juan Mandler, cronista alemán, Pelicor Valtiano, Pedro Definio, Juan Barcardo, Juan Foggia y otros, sostiene que Savonarola en su declaración contra los vicios de Roma, fué reo por el escándalo. Ahora preguntado yo, quélan mas escandaloso que el pontífice mismo se que una sin decreto se entregaba á sus excesos? Por otra parte, ¿quién pudieron engañarse estos misos, guiados por su celo por la corte de Roma, á aconsejar tantos felicitos como la vengenza de Alejandro VI hizo publicar contra este ilustre reformador, que asi patentizaba sus vicios? Si la historia de los papas nos los presentara tales como debían ser, no hay duda en que sería un verdadero el que osara imputarles; mas desgraciadamente algunos aparecen en ella con manchas tan negras que horrorizan, y es ciertamente una fatalidad que uno de los nombres de tantos santos como han ocupado esta silla, y entre los de un Benedicto XIV y un Clemente XIV, se numeren los de un Juan XXIII, y un Alejandro VI, que tanto escandalizaron á la cristiandad.

Recesa el mismo Pelicor á Commines, á Pico de Mirandola, á Abraham Bzovio y al maestro Lora, y aun la carta en que San Francisco de Paula habia estensamente en elogio de la virtud de Savonarola, contentándonos los mas de éste en que no se yo qué alguna parcialidad en el ilustré critico, y quizá tambien algun temor de romper abiertamente con las preocupaciones de su nación y de su siglo, pues á unos pocos recusa porque la Institución habia prohibido sus obras, y á otros por razones cuya inutilidad es fácil conocer. Sea de esto lo que fuere, Savonarola trató de arreglar abusos muy arraigados para poder triunfar, y para que á su muerte quedaran en el pueblo ideas y memoria. De los oráculos que le imputan hablarámos luego: no era un dios; pero era un hombre que sí erró, su amor á la humanidad es suficiente para hacer olvidar sus ligeros errores.

sos, y convirtiéndose el catolicismo en escarnio y burla del universo.

Fascinado el pueblo por la fuerza y la magia de la elocuencia varonil del hermano Gerónimo que con colores tan bellos, les pronosticaba un nuevo reinado de abundancia, de felicidad y de paz; en fin, si deponiendo el temor cooperaban á ahogar el ominoso despotismo que tanto lo dominaba, acudían ansiosos á escucharle y entonces éste mas entusiasmado que nunca, aprueba su convencimiento y su persuasión para acabar de atravesar á un pueblo que por do quiera le seguía, creyéndole un mensajero de la divinidad. Presto consiguió su objeto: los bandos asomaron su cabeza monstruosa (1), tuvo sus partidarios, fué el idolo del pueblo, y entre sus enemigos se alistaron los Médicis, la nobleza y el clero que lo odiaban: aquellos, porque trataba de anoadar su poder; y éste, porque habia osado patentar sus abusos, é indicar el medio de corregirlos, preluudiando de este modo la gran reforma que veinte años despues estaba destinada á hacer Lutero, aunque por distintos medios, y con diversos fines.

Aunque pasado el entusiasmo, el pueblo semejante á un niño, rompe sus hechuras con las mismas manos con que las fabricó: no obstante éln las adornó cuando acaba de salir de sus manos, y está dispuesto á trastornarlo todo por conservarlas. Así los Florentines adoraban á Savonarola, y estaban dispuestos á derrocar á su duque, y á su nobleza, y á cuanto el tribuno le indicase. Un día resonó su voz en el púlpito, habló al pueblo de su igualdad y de sus derechos hollados, y éste que lo escuchaba atentamente corrió á arrojar á los Médicis y á demoler el trono; la república entonces se alzó de sus escombros brillante y pura, como el sol en día tempestuoso, tras de las negras nubes que vuelan al Occidente. ¡Paso agigantado en la reforma política! ¡El pueblo era ya el soberano (2)!

(1) Formábase en esa época en Florencia tres partidos, llamados de los *Pignones*, de los *Arbitros* y de los *Birigi*; el primero, cuyo jefe era Savonarola, estaba compuesto de todos aquellos que pedían una constitución democrática, y aseguraban la protección del cielo para la reforma de la iglesia; en el segundo figuraban los nobles, cuyo paradiados al principio de los Médicis trataban ahora de abrogarse el poder, estableciendo la aristocracia; y en el tercero se enumeraban todos los que habian permanecido fieles servidores de los Médicis.

(2) En 24 de Diciembre de 1494 se equilibraron los partidos de los *Pignones* de los *Arbitros* y de los *Birigi*, de tal modo que siendo imposible el proceder á votación alguna, fué imposible tambien el que continuase gobernando. En el estado Savonarola declaró, que atendiendo á que nunca habia el pueblo delegado su poder á una *balía* sino que se hubiera abusado de él, debía éste reservarlo, para ejercerlo por sí mismo en un consejo que debería componerse de todos los ciudadanos. Cerca de dos mil Florentines son declarados en seguida ciudadanos, y el 1.º de Julio

Menos feliz, y verdaderamente desgraciado en la religiosa, su voz, que estrecheciera al principio hasta los cincientos del Vaticano, fué presto ahogada por la confusa gritería de todo un eleoro degradado por la prostitución. Su acento que venia del cielo, resonó en todos los oidos: desde los del indigno pontífice, hasta los del humilde fraile mendicante, escucharon atentos; mas reuniéndose luego espantados como una bandada de buitres al oír el trueno pavoroso que anuncia la tempestad!—Nuestro poder vacila, se dijeron: un fraile oscuro, pero virtuoso y elocuente, saca al pueblo del letargo en que ha yacido bajo nuestra mano de hierro, lo invita á levantarse, y á romper las cadenas del fanatismo y de la hipocresía. . . . Unámonos para combatir contra el comun enemigo. Y se derramaron por la Italia, y sembraron zafiaza, que cubrió presto los campos.

Así el papa aprestaba sus armas, los anatemas, para lanzarlos sobre el religioso ferrarese, quien en Florencia cada día se hacia mas celebre por sus nuevos triunfos. Este habia vuelto á subir al púlpito, habia pronosticado la segunda venida á Italia de Carlos VIII, rey de Francia, á quien decía que el cielo habia destinado para reformar á la iglesia, y habia pronosticado tambien las desgracias que sobre el príncipe caerían, de hacer lo contrario. Habia referido al pueblo, cómo Dios lo habia destinado á el para liberador de la Italia, y cómo estaba dispuesto á probar con un milagro la verdad y la sanidad de su doctrina (3). El pueblo lo victoreaba y los nobles mur-

de 1495 se declaró soberano á este consejo, se le invitó con la facultad de elegir magistrados, y se proclamó en fin, una amnistia en obvido de las antiguas divisiones de la república de Florencia.

(3) Este es uno de los puntos en que es mas difícil sincerar por buen camino á Savonarola: al llegar á sus predicciones, cosa en que algunos historiadores, se da una predicción á su respecto, y á contar de su cumplimiento á pesar de la autoridad de Felipe de Commines y otros cronistas de la época. No obstante, si la moral repugna el valor de un medio como las predicciones, y de suponer un trato íntimo con la divinidad, quizá la política no lo repugna, cuando esto no redunde en perjuicio de los intereses del pueblo. Segun esto, Savonarola es disculpable, porque en sus delirios de santidad para Florencia, bien pudo oír una voz, y suponer que esta era la del cielo y creerse en consecuencia profeta. A pesar de esto, sus contrarios han ponderado y aumentado tanto el número de sus predicciones falsas ó veritables, que en este punto no parece tan difícil sincerarlo. Yo no he encontrado como realmente americanas, sino las siguientes, referidas por contemporáneos Guicciardini y Commines y repetidas por Simondani á saber: *Carlos VIII vendrá por segunda vez á Italia á reinar en la iglesia con las armas si no cumple los decretos del cielo, granicos desgraciado caerán sobre él. Florencia en adelante será libre y feliz. Commines en su crónica refiere las dos primeras predicciones del siguiente modo: *En un tiempo mi quatro cents quatre vingt et dix-huit, que le roy Charles est troysies, et finy auant l'année Florentine il quere en son pays l'un de Deuaires et vons direz parquoy qu'il est come. Il a tous jours persécuté publiquement que le roy salvadorien d'arcech en Italie pour accomplir cette commission que Dieu luy avoit donné.**

muraban, y aquel en su embriaguez lo hubiera canonizado vivo.

Alejandro VI veía, pues, que el fin de las predicaciones de Savonarola sería, el privarlo á él y á todo el clero, como á los Médicis y á los nobles Florentines, del poder temporal que ejercían, y de las inmensas riquezas que atesoraban incesantemente; y el sujetar sus acciones á la censura pública, obligándolos á restarar la disciplina, y á observar estrictamente los preceptos de la moral y del evangelio. Apresuróse, en consecuencia, á acusarlo de herejía y á prohibirle que predicase. Dique mezuño que aquel Neron de los papas trató de oponer á la elocuencia avasalladora del reformador, como si con esto hubieran de acallarse los horrendos gritos de su conciencia criminal! Savonarola, que guiso dar una prueba todavía de sumisión y obediencia, no á la persona del papa, sino al carácter en abstracto de que se hallaba investido, carácter que veneraba, se avino con lo decretado, procurando únicamente que su sucesor en el convento de S. Marcos fuese su discípulo Buonvicino de Pescia, en quien veía reproducida su caridad evangélica y su firmeza inalterable; y de quien estaba seguro que no cedería un solo palmo del terreno con-

*lois de reformer l'Eglise par l'espe et de chasser les tyrannes d'Italie et qui, sans que il ne le fist Dieu le puniront cruellement.* Y despues cuando refiera la muerte de Savonarola, concluye así, confirmando á lo que parece la verdad de las que miran al rey. *Je ne les eus, dice: point occasion ni occasion: je ne suis s'ils font del bien, ni mal de l'avoir fait mourir; mais il e dit moult chose vraies que ceuz de Florence n'eussent seu lang avoir diles. Et l'onchard le roy et les mox qui il dit lui devoit advenir; hay est odieux, et que ceuz topez qui sont premier le mort de son fils puis la mort de son des lettres qu'il eussent dit seigneur.* En donde se ve la muerte del delin y la del rey, consecuencia segun parece creer Comines, de las desgracias que Savonarola le predijo si no iba Italia, segun Dios lo habia decretado. Será así; mas como en esto de profecías y milagros soy muy parco, opino con Pellico: que *quidamque que profetiza casibus deli et regis, no seculo en seculo en memoria; por que como en este valle de lágrimas son tan frecuentes las desdichas raras vez deora de acaecer algun suceso funesto que se interprete como epifanica de los profetas; y en caso que no, discurren los pronosticos que Dios con tra mas severa reserva el castigo para el otro mundo.*

Mas lo que sí me parece absolutamente falso é inventado por los contrarios de Savonarola, únicamente para denigrarlo, son las predicciones con que Juan Poggio le inculpa, como son haberle mandado su capa á Carlos Strozzi, gravemente enfermo, diciendole que poníendose sanaría, y haber hecho esto tambien con un platero llamado Cosme, quienes á pesar de todo murieron, dejando fallida la predicción. Y esto lo digo, por no haber encontrado estos cargos mas que en el dicho autor, de quien sospechas hay que fuesse enemigo personal de Savonarola. En cuanto á las que el P. Martin del Rio le atribuye, como son la conversión de los moros y turcos y la felicidad de Florencia, me parece que si estas son ciertas, es un celo ardiente tanto en la religion como en la política. Por otra parte ya he dicho, que como hombre era preciso que errara, porque como todos saben, *errare humanum est*; y qué sería de la justicia, si en su balanza solo se pesaran los errores sin acordarse de los aciertos? Desgraciada humanidad entonces!

quistado. Mas viendo que sus esperanzas habian sido vanas, y considerando que el bien del pueblo debe anteponerse á una obediencia ciega y pasiva, que no serviría sino para cooperar á los proyectos ambiciosos de un superior prostituido, rompió su silencio, y el día de noche-buena de 1497, despues de haber declarado que el servicio de Dios y el bien del público le prohibian obedecer á un tribunal corrompido, y despues de haber conulgado en compañía de su comunidad, subió á los púlpitos, y con mas fervor que nunca, volvió á comenzar su predicación, patentizando y reprobando á cada paso con su elocuencia varonil, los escándalos de la corte de Roma, y haciendo una pintura, triste y exacta, de la desmoralización del clero, y de la ambición, la perfidia y la crueldad de Alejandro VI. Qué recursos le quedaban, pues, á éste para contrarrestar el celo apostólico de Savonarola, sino las maquinaciones mas viles y rastreras? Había lanzado ya sus anatemas sobre él y sobre toda Florencia, y había amenazado además á la ciudad con un entre-dicho que la privaría de todos los auxilios espirituales. Mas viendo que estas armas de la iglesia, lanzadas por mano tan débil y degradada, habian perdido todo su prestigio, decidióse á tomar como último recurso que le quedaba, la superstición y la volubilidad del pueblo, oponiendo el convencimiento al convencimiento, y la firmeza á la firmeza.

Los frailes, mas interesados que nadie en aquella lucha singular, entre el papa y un simple fraile la cual debía decidir de su destino en lo venidero, se opusieron fuertemente al segundo, como era de esperarse, atendiendo á que si triunfaba la reforma, quedarían reducidos á la observancia exacta de sus reglas, tan opuestas al regulo y ociosidad en que vivían á costa de los sudores del pueblo. Savonarola vió á toda aquella turba amedrentada reunirse al rededor del pontífice, y jurar acabar antes con la Italia, que admitir una reforma que ellos apellidaban ya con el nombre de cisma y herejía. Veía formarse la tempestad con ánimo sereno y sosegado, y acompañado solamente de los religiosos de su convento, entre los cuales sus mas adictos eran Fr. Domingo Buonvicino de Pescia, y Fr. Silvestre Maruffi. Aguardaba por momentos que estallara el rayo, y en medio de su comunidad, y de aquel pueblo tan querido de su corazón, él era el cedro gigante que lo desafiaba y que estaba dispuesto á perecer antes que aquellas plantas débiles que bajo su sombra se abrigaban. Todo estaba ya preparado, y aquel astro brillante que había llegado ya á su apogeo trastornando lo antiguo y descubriendo conspiraciones, y cimentando lo nuevo, fuerza era ya que descendiese. Fr. Mariano de Ghinazzano, general de su órden, y su enemigo mas encarnizado habia

presentado ya al papa, para que que llevase á cabo su último proyecto, á Fr. Francisco de Apulia, religioso franciscano, como el instrumento mas apropiado. En efecto, hombre de costumbres atropagadas y dotado de un carácter tan enérgico, como el de Savonarola, era sin duda el único que podia oponérsele. No vaciló el papa, antes bien le dió en el acto poder é instrucciones secretas para que fuese á Florencia á predicar contra la doctrina de Savonarola en la iglesia de Santa Cruz.

Lo menos que el corazón del pueblo busca solicito es la verdad, y una aparente persuasión basta para determinarlo aun á lo mas absurdo. Unas impresiones vienen á borrar en su alma las huellas que otras dejaran, y lo que ayer ensalzaba, hoy lo vitupera; y lo que hoy reprobaba, mañana está dispuesto á venerarlo. Así los Florentines vacilaron, cuando el antagonista de Savonarola, subiendo al púlpito parecía insultar á la fortuna en su mismo trono. Hizo resonar la voz estruendosa, pero vana de la mentira, cuando otro hacía oír al mismo tiempo la robusta y sonora de la verdad, y por esa fatalidad que persigue al mundo, sucedió como siempre, que la primera iba ya ahogando á la segunda. Mas faltábale todavía al abogado del papa tocar un resorte de corazón del pueblo, para cantar victoria, y era aquel que le impelía á andar, siempre en busca de lo nuevo y extraordinario; y que es sin duda el principal agente de su volubilidad. Así lo hizo preter, y recordando uno de los errores de Savonarola, la promesa que habia hecho de comprobar la verdad de su doctrina con un milagro, aventuró en el seno mismo de la Señoría la siguiente proposición, que era arrojarle el guante á Savonarola para apelar á un juicio de Dios: *Yo soy un indigno pecador que no tengo la pretension de hacer milagros; mas no obstante, invito á Savonarola para que entre conmigo en una hoguera; y no creais, señores, que se verifique un milagro en mi favor; no creais que yo seré incombustible; yo moriré; pero no es suficiente gloria el morir hundiendo para siempre en el infierno á un herejarca que tantas almas ha descarriado ya? Pereceremos, y vosotros saldreis de nuestro error: pereceremos, y yo pereceré gustoso, pues la caridad cristiana me enseña á sacrificar mi vida, cuando el bien público lo escoge.* Savonarola, á quien el pueblo acusaba para que admitiese aquella prueba, conociendo entonces su error, la rehusó. Todo estaba hecho ya: Savonarola perdió su popularidad, y Apulia venció: el pueblo se creía engañado, al ver que se le frustraba el presenciar aquel nunca visto espectáculo que Apulia habia propuesto.

Un nuevo personaje vino entonces á volver al pueblo á su anterior vacilación, y á retardar

y á complicarse en el trágico fin de Savonarola, y fue Buonvicino su discípulo, quien admitió lo que Savonarola rehusaba. Apulia dudó entonces en sostener su prueba con otro que no fuese Savonarola; mas insistió por el pueblo admitido tambien á aquel, que firme y sin titubear habia alzado el guante.

Admitido por ambos combatientes en calidad, uno de campeón del papa y otro de campeón de Savonarola; y admitido tambien por la Señoría y por el pueblo, fijóse para lo que éste llamó el gran juicio de Dios, el día 17 de Abril de 1498.

## II.

Eran las ocho de la mañana: el cielo estaba puro y sereno, y el sol que se habia levantado detrás del Apennino, estaba dispuesto al parecer á presenciar durante su carrera la horrorosa escena que para ese día se preparaba. En medio de la plaza de la Righiera ó Tribuna (1), se levantaba triste y pavorosa, y semeante á una siniebre pira, una hoguera que nadie podía ver sin volver á su pesar la cara. Esa hoguera que iba á devorar presto á dos hombres que se habian convenido en darse en espectáculo á un pueblo bárbaro y ansioso de novedades, estaba compuesta de dos porciones de leña seca, cada una de las cuales tenia ochenta pies de longitud, cuatro de latitud, y cinco de altura; y separadas solamente por un espacio estrecho, capaz de dar paso únicamente á un hombre, y al que por lo mismo se habia destinado para que sirviera de tránsito por entre el fuego á los dos campeones. El lugar del combate estaba preparado.

Desde muy temprano dejaba oír su voz la gran campana de Santa María; y aquella voz que tanto pavor infundía á los Florentines, pues nunca sonaba, sino para anunciarles algun gran suceso ó calamidad, les recordaba ahora, que habia llegado ya el día destinado para el gran juicio de Dios. Al oír aquel acento grave y misterioso, el Piagnoni despertaba murmurando oraciones, y el Arabiati y el Bigi maldiciendo; el honrado artesano y el vago licencioso; el noble y el plebeyo; la prostituta y la señora, todos se ataviaban y se engalanaban con su mejores joyas y vestidos, y todos acudían sofocitos á la plaza; hasta el mendigo haraposo, olvidando sus necesidades diarias, y su monótona cantilena. El sol llegaba ya á su zenit, y á la plaza sin cesar acudían, no solo los habitantes de la ciudad, sino tambien los de los parages mas remotos é insignificantes de

(1) Esta plaza, á la cual daba la fachada del palacio viejo de Florencia, se la llamaba la Righiera ó Tribuna, por ser el lugar en donde á imitación de los Pórticos de Atenas, y de los Rostros de Roma, se convocaba al pueblo para la proclamación de los decretos, el entronizamiento de los gonfaloneros, y la entrega del baston del mando á los generales de la república.

la república; y allí mezclados nobles y plebeyos, ricos y pobres, y ancianos y jóvenes, y mujeres y niños, vestidos todos como para un día de triunfo, manifestaban en su semblante una grande inquietud, y las pasiones opuestas de que se hallaban poseídos. Todas las ventanas, y todos los tejados estaban cubiertos de caballeros y damas; y en el interior de la plaza hierba y oleaba una multitud, formando corrillos en los cuales ora disputaban acaloradamente sobre cual de los dos campeones tenía la razón de su parte; ora vocaban como unos energúmenos, impacientes ó por ver un milagro, ó por escuchar los gritos y lamentos de dos hombres á quienes consume el fuego.

Eran ya los doce, y ninguna de las dos comunidades franciscana y dominica aparecía aún. Viose á poco llegar á los franciscanos, en medio de los cuales venia Apulia, cabizbajo y con los brazos cruzados, quien con afectada moderacion habló al pueblo, exhortándolo á que volviese al buen camino, despues de aquella prueba, en la que él precendi triunfaria.

En esto, aparecieron los dominicos, llevando consigo la hostia consagrada. Savonarola, Maruffi y Buonicino caminaban juntos; aquellos iban tristes y meditabundos, y éste alegre y confiado, cual si caminara á un festin. Savonarola habia ya predicado en su convento, y habia anunciado á sus oyentes su próximo fin, aquella trágica muerte á la que le conduciría aquel mismo pueblo al que no habia hecho oír mas que palabras de amor y de caridad, y al que habia hecho el inestimable presente de su hollada libertad. Ambas comunidades se dirigieron á la galería llamada la *Loggia di lanzi* (1), que de antemano se les habia destinado.

Suscitose aquí una disputa que contra el parecer del pueblo retardaba el momento de la prueba, y fue que los franciscanos se opusieron tenazmente á que Buonicino entrara en la hoguera con la hostia, alegando el ejemplo de su campeón que se presentaba solo. A esto contestaban los dominicos que *jamás se separarian de su Dios, mucho menos en los momentos en que mas necesitaban de su auxilio*. Y mientras infructuosamente se acaloraban ambos contendientes, el tiempo corria presuroso, y la impaciencia del pueblo, acosado por el hambre y por la sed, llegaba á su colmo. Eran las dos de la tarde, cuando la disputa tocó á su término, habiéndose decidido que ambos comprobantes entrarían solos á la hoguera. Dispuestos estaban ya estos, y la hoguera iba á encenderse, cuando una nueva circunstancia vino á frustrarlo todo, y á acabar de echar por tierra la poca reputacion y el poco

prestigio de que aun gozaban Savonarola y sus discípulos.

Mientras disputaban, una nubecilla tan pequeña y tan pura, como la que desde el Carmelo vió Elias remontarse del Oceano, apareció en el horizonte; la cual se fué estendiendo poco á poco llevada por el viento hasta transformarse en un negro y espeso nubarron que cubrió la extension del cielo y que en el momento en que el pueblo iba á saciarse con aquel horrendo espectáculo, se desgajó á torrentes sobre la ciudad, empapando los lenos de la hoguera, y obligando al pueblo á dispersarse furioso, irritando y blasfemando contra aquel á quien pocos dias antes incensaba como á un Dios. Apulia cayó victoriosa; los abusos derribados levantaron su monstruosa cabeza sonriendo; ganó la libertad, y las viejas instituciones se aprestaron á renacer de sus propias cenizas.

Todo fué ya confusion desde aquel instante; el pueblo se dispersó, los frailes volvieron á sus conventos respectivos, la plaza quedó vacía y Savonarola respetado antes como un profeta, era ahora tenido en menos que un verdugo por un pueblo que llamándose engañado pedía su muerte; por un pueblo mas caro á su corazon, que su propia vida; por un pueblo que lo habia visto trabajar incesantemente en enseñarle la senda de la felicidad con máximas y ejemplos llenos de caridad, y de dulzura; por un pueblo, en fin, que le debía su libertad, el don mas precioso de los pueblos; pero que al mismo tiempo es el que menos saben apreciar. ¡Ah! Una funesta fatalidad ha perseguido á todo hombre que impulsado por su filantropía á roto las cadenas de un pueblo. Este lo ha despedazado como los lobatos despedazan á la loba que les dió su leche y su calor, mientras que un tirano respetado y temido muere en su cama rodeado y adúlado por aquellos mismos á quienes ha hecho morder el suelo donde han pisado las plantas de sus inmundos pies. ¿Quiere con esto el cielo enseñarnos acaso que la mayor virtud social es el egoismo? Los ejemplos de la historia nada valen; y todo hombre que tremola el estandarte de la libertad en un estado gobernado despoticamente, debe hacerlo con la conviccion de que aun cuando consiga su objeto, el se empozará indudablemente, en ese abismo constantemente abierto, que se ha tragado tantos héroes.

Los arabati dormian, no habian muerto; el desenfreno del pueblo fué su toque de alarma, y reuniéndose, y echándose sobre los piagnoni, hicieron en ellos una horrenda carnicería. Al dia siguiente rodearon el convento de los dominicos, pidiendo enfurecidos á Savonarola y á sus dos discípulos Buonicino y Maruffi, y amenazando las tropelías y errores con que tanto les place á los partidarios coronar su triunfo. La

(1) Llamábase así esta galería, porque en tiempo de Cosme I de Medice se puso allí una guardia de suizos, llamados *lanzi ó lansquenetes*.

comunidad rodeó á su prelado, y juraba antes morir que entregarlo en manos de turba tan impia; mas Savonarola inalterable, así en la prosperidad como en la desgracia, no veia en aquello sino el fin necesario de todo aquel que sueña hacer libre á un pueblo; y estoico al par que bravo, él no buscó no obstante la muerte en el suicidio, ni murmuró contra la virtud. Consolóse, á sus hermanos, y exhortándolos á que no desmayasen en aquella grande obra que él habia comenzado por inspiracion del cielo:

—Hermanos míos, les dijo, os dejo en un mundo que corta la mano del que lo alimenta, y la lengua del que lo consuela. ¡Dismayareis! No. El cielo, hermanos míos, es un jardín cuya entrada está cercada de espinas, y el que quiera respirar el ambiente embalsamado que allí se respira, de pasar tiene por los dolores de su trabajo camino. —Y abriendo las puertas se entregó con sus dos discípulos en manos de sus enemigos, con la serenidad de un justo, y con una conciencia tan tranquila y pura, como el agua que duerme en una fuente de cristal.

El planeta tocaba ya su occidente; preciso era que aquí resplandeciera con mas brillo; y el papa y los nobles unidos con su triunfo, se apresaban á la venganza. ¡Venganza! Al recorrer las páginas de la historia de nuestra era, y al ver en cada una de ellas grabada esa infernal palabra, no se diria que en vano Jesucristo dijo: *Diligite inimicos vestros*, y que en vano grabó el mismo en su Evangelio esa máxima sublime que contiene en sí sola toda su divina moral!

### III

Un inmenso concurso llenaba la *Via Rondinelli* en Florencia el 23 de Mayo de 1498, y mil escarrios, y mil maldiciones caian sobre tres hombres vestidos de blanco que entre doce ministros caminaban silenciosos, oponiendo á las bestias é injurias de una multitud desenfrenada, el aspecto grave y sosegado de la virtud. ¿Quiénes eran estos hombres que así con la sonrisa en los labios, la serenidad en la frente y cubiertos con las insulgas del último suplicio caminaban á la muerte? Aquellos que pocos dias antes iban conducidos en triunfo por aquellos propios lugares por donde ahora la ingratitude, impelida por la fatalidad, los arrastra á una hoguera; á ese circo de las almas, del que las suyas libres del poco circo terrenal que les quedara, debían salir tan puras, como el alma de un niño, para ir á reposar en el seno de aquel que las engendrara con solo el soplo de su divino aliento.

Habian sido degradados por manos quizá mil veces mas impuras que las suyas, y condenados á la hoguera por miembros corrompidos de aquellas sociedades á las que ellos pertenecian, y por cuya reforma tanto anhelaban; por ministros en

fin, de la venganza de Alejandro VI. ¡Mas cuál era su crimen? ¡El haber clamado contra los abusos, el haber dado libertad á un pueblo, y el haberle pronosticado su felicidad! (1)

(1) Ocho dias despues de que los Arabati se apoderaron de los tres religiosos, mandó el papa á Florencia al obispo Romolino, y á Fr. Mariano de Ghinazzano, para que juzgasen á Savonarola y á sus dos discípulos. Empeñáronse al principio en que estos confesasen ser ciertos cuantos falsos acusaciones se les hacian; mas como no lo consiguieron, recurrieron al tormento. Buonicino y Maruffi, de constitucion vigorosa y atlética, resistieron á aquella bárbara prueba; mas Savonarola, de constitucion débil y nerviosa, y contra quien especialmente se dirigian las acusaciones, no pudiendo resistir los dolores del tormento, confesó cuanto de él se escigia; pero apenas lo quitaron del pozo, negó cuanto habia confesado por fuerza, verificándose esto dos á tres veces, en que alternativamente lo ponian ó lo quitaban del tormento. Aprenderon los jueces á agregar á la causa aquellas confesiones arrancadas por fuerza, en la que se le obligó á declarar: 1.º *que sus profecías eran fingidas*; 2.º *que si él habia predicado, habia sido por adquirir gloria humana*; 3.º *que á él le habia parecido que la ciudad de Florencia era buena para anunciar su gloria*; 4.º *que poro conseguir á su objeto, habia pervertido al pueblo en creencias que se constaban en Roma*; 5.º *que él queria que los reyes y príncipes congregaran un concilio, para que éste despus de muchos prelados y sin el papa, parase que si no suces el dicho papa, obtuviese el primer lugar despues de él*. Así refiriese este hecho muchos cronistas de la época, y los todos historiadores modernos. La opinion es, que el tormento lo forzó á confesar aquello de que luego que salió de él se desdijo; y que la venganza del papa y de sus jueces, que eran sus enemigos personales, fué lo que lo condujo á la muerte. Esta parece ser tambien la de Pelto de Commines, cuando tituló el capítulo XIX de su Ordoña de Carlos VIII, que ya he citado, del siguiente modo: *Comment le Saint homme Jean Hieronyme fut brûlé à Florence, par ordre qui on eut sur lui, tant de sa vie que de plusieurs autres Florentins et Florentines*. El obispo Romolino era veneciano.

No opinan ciertamente así otros. Juan Nauclero, cronista alemán, refiere como confesó Savonarola lo que antes he puesto mas arriba, haber sido esto despues del tormento. Dice así, en el tomo segundo de su Cronologia de las generaciones: *Postea decem diebus nono epistola moxisti (Aprilis), sine sedulo, dicto capite pro ipsius prophecias, fuisse facta, et quod de gloria humanam, quae panem sibi profuerit, et quod videlicet Civitas Florentina bonum instrumentum ad facienda esse crederet gloriam suam. Et ad condempnandum suam fuisse confessus et se perdidit. Ita, per quos christiani cognoscunt abominabiles, que fecit. Roma; et quod reges, et principes se congregarent ad locum, convincens: quod ubi factum fuisset, expressit de peni multos gratias, etiam papam. Et mox diebus ordinatis in concilio, mox accepit et beatus in magna reputatione in loco mortuus est si n. fuisse in populo electus, sed iam primam bonam tenuisset. 1.º parece que esto no hace fe en juicio, porque, como dice Commines: *L'empereur de Milan et le cardinal de Venise le brûlèrent*. Es probable y aun casi evidente, que el que escribía para la gloria de Roma, así como de Montespau de Voltaire, que escribía para la de su comunidad, haya consultado esos folios de que habla Commines, en los que probablemente halló de hal si puesto cuantos medios estaban de su parte para que apareciese legal la sentencia de Savonarola y de sus dos discípulos.*

En cuanto á las razones que Feijó da, para probar que los dos jueces de Savonarola, Romolino y Ghinazzano, enviados por el papa, debían haber obrado con justicia e imparcialidad, me parece que basta leerla para convencerse de su inutilidad. Del primero dice, que era obispo; y del segundo, que era el general de Savonarola, como si esto fuera un antemural opuesto á las

Entre el bullicio y la algazara llegó aquel estúpido concurso para el cual los gritos de la agonía de un hombre, eran cantos de placer, á la plaza del palacio ducal, donde se habia levantado otra vez infamemente y despidiendo por todas partes pavorosas llamas, aquella hoguera en que un mes antes esperaban ansiosos, ó ser testigos de un milagro, ó convencer á un hombre de impostura.

¡Hélo ahí, pueblo imbécil: avergüenzate de verlo alegre y regocijado, hoy que tu ingratitud debia fundirle su magnánimo corazón en lágrimas que pasando por sus ojos los secaran! ¡Que sea tu mayor tormento el ver que no puedes reír y burlarte de su debilidad, porque él, grande y esforzado como el atleta romano, sonrie en el momento en que la bestia feroz se le arroja para despedazarlo; llévalo en tus manos, arrojalo en la hoguera; y si débil allí sale de su boca un ¡ay! ríe loco, y sáciate con su agonía!

Un verdugo faltaba: apareció entonces un hombre enmascarado, que dirigiéndose á donde estaban los sentenciados, se lanzó furioso sobre Savonarola; y dejando que los otros condujesen á Buonvicino y á Maruffi, se apoderó él de Savonarola, y levantándolo con la fuerza de un gladiador avezado á la lucha, corrió con él, lo arrojó en la hoguera, y se perdió luego entre la multitud.

A poco vióse á Ghinazzani disfrazado en la miserable ventana de una oscura y elevada buhardilla, contemplando atento aquella escena de horror.

Habiase apoderado ya la hoguera de su presa, y habia comenzado ya entre los tres héroes la lucha tenaz entre el dolor físico y la fuerza moral; y aquellos labios que ya estaban próximos á lanzar el ¡ay! lastimero del dolor, al sentir el contacto de aquella llama que habia devorado ávida la piel, se cerraban fuertemente, cuando la voz interior de su convencimiento les gritaba: "no os quejéis, sois inocentes." Savonarola especialmente habia tenido que vencer la debilidad de su constitucion, para aparecer mas grande. El convencimiento de la inocencia habia hogado, pues, el dolor físico, y aquellas tres desgraciadas victimas, semejantes á los niños del horror de que nos habla Daniel, entonaban himnos á Dios, reprimiendo sus dolores, al son del ruido que al devorar la leña seca el fuego produce; y al oír tambien de los gritos de júbilo del pueblo que se curándose nunca de buscar un justo medio, empre toca los extremos. ¡Horroroso sufrimiento! ¡Ver uno mismo consumirse sus carnes

pasiones, y mas cuando iban á juzgar á un hombre que llamaba por su reforma; y mas aun, cuando no falta quien afirma que el segundo era á tal punto enemigo de Savonarola, que él mismo encendió la hoguera que consumió á éste.

y calcinarse sus huesos! ¡Desgraciada humanidad!

El espectáculo era terrible; y la muerte, mas humana que aquellos tigres, gimió apiadándose de tanto padecer, y fué á cerrar con su mano fria los ya apagados ojos de aquellos tres infelices. Estos se incorporaron un poco ya casi escáñimes, y exclamaron á una voz y con una débil sonrisa, dulce expresion de su confianza en Dios: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, espiraron.

La plaza quedó luego vacía, y solo una carcajada de júbilo, y unas palmadas de aprobacion, se oyeron bajar de lo alto de una buhardilla.

Así murió aquel astro, que débil en su oriente y claro en su zenit, habia despedido brillo tan vivo, aunque tan pasajero en su ocaso: veintitres de Mayo del año del Señor, mil cuatrocientos y noventa y cuatro.

Sus cenizas fueron arrojadas al Arno, que las llevaria sin duda al mar. ¡Digna tumba de tan grande hombre! Pasado el furor de los partidos, los Florentines conocieron su culpa, y lloraron al hermano Gerónimo Savonarola; y hoy, tristes y abatidos, solo muestran, en el convento de S. Márcos, al viajero admirado de las maravillas de su ciudad, la humilde celda en que vivió.

México, Septiembre 21 de 1843.—RAMON L. ALCARÁZ.

### LA PATRIA.

La patria es la madre comun: la unidad en la cual se ingieren y confunden los individuos aislados: es el nombre sagrado que explica la fusion voluntaria de todos los intereses en uno solo, de todas las vidas en una vida, perpetuamente durable.

Es esta fusion, manantial fecundo de inagotables bienes, y principio de un continuo progreso, imposible sin ella: esta fusion, cuyo objeto es aumentar indefinidamente la fuerza de la conservacion, el poder del desarrollo, la seguridad y la prosperidad, ¿cómo se operaria? Por el desprendimiento de cada uno por el bien de todos; por el sacrificio personal; por el amor, en fin, que ahogando el egoismo, contribuye á la union perfecta de los miembros del cuerpo social.—

L.—Mennais.

(Traducido para el Museo.)

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.—L. M.

El amor descansa en el fondo de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.—L. M.



## ESTUDIOS HISTORICOS.

27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.



EL GENERAL AGUSTÍN DE ITURBIDE

## I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la mas bella ciudad del Nuevo-Mundo, la capital del imperio de Anáhuac contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un roncó gemido de venganza; eran los terribles acentos del poder colonial acosado por todas partes; era la grito de la desesperación del absolutismo que presenta su próximo fin; pero que quería eschalar su postrimer aliento ahogando en su propia sangre á la *virgen del mundo*. Aquellos regimientos expedicionarios de Castro Ordoñez, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio á la independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Véanse formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al león de España, á las órdenes de Novella, Lizaola, Bucelli, Concha y Armijo, enemigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacian para conservar la *integridad* de las Españas; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto: al ver desfilar silenciosos á esos regimientos *en que cada soldado era un oprimido* al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarios: al aspecto de su marcha insultante; mas aun el brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al oír de sus cornetas y al de sus dorados tambores, que sostenia ó aumentaba la resignación que les gería su amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus gefes, á su patria, y á su rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la mas dolorosa consternación.

## II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez mas el sitio. La Piedad, la Ladrillera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzacapotzaco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una aerea de diez leguas; pues bien, en toda esa circunvala-

ción se oían las dianas al romper la aurora y los demas toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la catedral, y á su aspecto renacia en cada soldado mexicano, una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellón tricolor.

Con tan noble ambición el campo era una escuela práctica de virtudes guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo la mas esforzada y llena de penalidades, no se sentían, y antes escitaban en cada combatiente el mas bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas habia concurrido de todas partes á presenciar tanta decision y á participar del jubilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partían mil órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administración para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los mas contradictorios, *fundiéndolos* entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDENCIA. Acaso ningun hombre público jamas se ha visto en una posicion que fuese mas complicada, mas estensa, ni que necesitase de un tacto mas delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumar grandes planes sin ningun síntoma de murmuración, llevando todas sus concepciones el sello nacional de la aprobación pública. A la satisfacción de ser en todo aplaudido, reunía la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de gefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

## III.

Un día (el 23) á causa de un despacho de cuartel general, el gefe de una division se hallaba á presencia del primer gefe del ejército en u-